

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
8 de Junio de 1889.
NÚMERO 86.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

JUAN VALERA

Nunca, como en este caso, resultaría aquí ocioso ó inútil una nota biográfica.

Juan Valera.

Con esto basta.

¿Quién no ha saboreado las bellezas que esmaltan el pequeño volumen *Pepita Jiménez*?

¿Quién no ha leído *Pasarse de listo*?

¿Quién no conoce las *Cartas americanas*, última producción del ilustre presidente de la sección de literatura del Ateneo?

Siguiendo la tradición de rendir culto al verdadero mérito, Los MADRILES honran hoy su primera plana con la caricatura de este eminente y celebrado escritor.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





DIARIO CÓMICO

- Usted la tiene.
- Usted no la tiene.
- La señora la posee.
- Este caballero la nutre.

Y todo el mundo se agolpaba á las puertas del domicilio del célebre doctor americano, buscando una frase de consuelo, una afirmación dolorosa, una negativa satisfactoria.

Y era la primera, quizá la única vez, que una negativa rotunda dejaba alegre y satisfecho al interlocutor.

Cada pregunta costaba cinco pesetas, y era de ver la prisa con que los clientes preguntaban, y la rapidez con que el doctor satisfacía su curiosidad.

Y ustedes supondrán que el vulgo, siempre crédulo y siempre ignorante, formaba la apiñada muchedumbre que invadía el gabinete de consulta del nuevo apóstol.

Nada de eso.

Notabilidades de la política, eminencias del arte, colosos de la banca, linajudos aristócratas, hermosuras celebradas por todos los Asmodeos de la prensa, la *high-life*, la *crème* de la buena sociedad, disputábase el honor de presentar su aterrorizada faz al curandero, preguntándole con voz temblorosa y compungido acento:

—Diga usted: ¿la tengo?

Y si la contestación era afirmativa, daba verdaderamente lástima el aterrado gesto del paciente, y causaba risa al mismo tiempo observar con cuánta prisa dejaban consignadas sus señas, y con qué mal disimulado afán anotaban en su cartera la hora feliz en que debían recibir la visita del sabio que se comprometía á librarles de la tiranía del monstruo que abrigaban en sus entrañas.

Y es una satisfacción que se comprende.

Con qué cara de Pascua no contesta un desdichado que ha logrado expeler el incómodo huésped, cuando le digan:

—¿Conque tiene usted la ténia?

—No, señor; la ténia la tenía, pero ya no la tengo.

Porque á mí no me digan; debe ser una cosa horrible pensar

que tiene uno á pupilo en el estómago dos piezas de balduque, ó un carrete de hilo inglés de quinientas yardas de extensión.

Figúrense ustedes una niña hermosa, rubia, pálida, esbelta, con ojos azules y carmíneos labios, de pie breve y mano aristocrática, vestida con elegancia irreprochable, poseedora de un millón de dote, y un título nobiliario, y á más de todo esto, con una solitaria de veinte ó treinta varas.

¿No es esto un sarcasmo horrible, una burla sangrienta de la suerte?

Pues había de esas niñas, sí, señor, las había, y en no pequeño número, según han referido los periódicos, al cantar las maravillosas curas del americano doctor.

¿Y un ministro de la Corona—también afirman que lo ha dicho ese médico, y hasta que lo ha curado—que además de los disgustos que le proporciona el cargo, del asedio incesante de los pretendientes, de las amarguras que le origina una mayoría turbulenta, de las angustias que pasa para lograr economías en su presupuesto, se encuentra con que, además de los yernos y otros parásitos que alimenta en sus oficinas, tiene forzosamente que alimentar otro parásito más cruel en las oficinas internas de su mimísimo individuo?

Se comprende que no pudiendo expeler á los primeros, se haya procurado la satisfacción de expeler á la segunda.

Sin embargo, los esfuerzos y la ciencia del eminente Galeno no han sido todo lo fructuosos que debieron haber sido en la coronada Villa. Hay mucha, muchísima gente que se ha quedado sin arrojar la ténia.

Algunos enfermos conocemos nosotros que han visitado inútilmente al curandero.

El cual, á pesar de su *ojo médico*, no ha visto la ténia en muchos individuos que indudablemente la tenían.

D. Cándido Bonachuelo, por ejemplo, visitó al doctor, y éste no hizo más que mirarle, y exclamó rápidamente, según su costumbre:

—¿Usted no la tiene!

—¡Ay! Míreme usted bien; creo que usted se equivoca, porque yo estoy seguro de tenerla.

Brevísima observación, y el mismo diagnóstico.

—¿Usted no la tiene!

—Conque no, ¿eh?... Pues entonces, ¿cómo llama usted á mi suegra? ¡Una fiera insoportable, á la cual estoy manteniendo hace veinte años, y no me deja comer ni dormir con tranquilidad, teniéndome extenuado, triste, macilento y sin ánimos para nada! ¿Quiere usted mayor solitaria?

—Para esa no sirve mi medicamento. Emplee usted la estrienina á grandes dosis, y quizá obtenga algún resultado; pero lo dudo.

—Usted tampoco la tiene, decía la misma tarde á D. Lucas Becerrillo.

Y D. Lucas se mesaba los cabellos y pateaba en la antesala, calificando al médico de embustero y de embaucador.

—¿Pero está usted seguro de tenerla? preguntaban al desesperado D. Lucas varios clientes que esperaban que les tocara el turno para entrar á la consulta.

—¡Que si estoy seguro! Figúrese usted que mi mujer es muy guapa, tiene veinte años menos que yo, y un primo carnal de su misma edad que la visita tres veces al día.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—¿Quieren ustedes más lombrices que ese primo? No lo puedo arrojar de mi casa de ninguna manera.

—Tranquílcese usted. En cambio tiene usted la seguridad de que su esposa no padece de la solitaria.

—¡Ya lo creo! ¡Como que nunca está sola!

La ténia toma aspectos muy distintos y formas muy diversas.

Hay quien padece la solitaria del casero, otro la del editor, aquél la de la novia abandonada y la mamá intransigente; muchos, la del amigo íntimo, profesor de sable; algunos, no pocos, la del crítico; infinidad de ellos la del usurero, y son innumerables, como los Mártires de Zaragoza, las ténias en forma de vecina primer premio del Conservatorio, y en preparación para los exámenes de concurso.

Pero ¡ay! que estas solitarias, y muchas, muchísimas más, que no enumeramos por no hacer esta *Crónica* interminable, son muy difíciles de expeler, y cuando esto se consigue por casualidad, la curación nunca es completa y radical.

No se registra nunca un caso de que se haya extirpado por entero.

Siempre queda la cabeza dentro.

Y se reproduce.

E. NAVARRO GONZALVO.





¡BASTA YA!

Desdichado trovador
quejumbroso y lastimero
que recorre el mundo entero
para encontrar el amor,
y que va á caer rendido
tras de la ruda batalla,
porque ya ve que no le halla
ni acierta á ser comprendido:
aciaga suerte es tu suerte
y tu destino bien triste;
que amaste, y sólo tuviste
una esperanza: la muerte.
Justo es que en amargas olas
suba á tus ojos el llanto;
pero, ya que llores tanto,
procura llorar á solas,
y no me hagas padecer
con tu pleuro quejumbroso...;
porque si no eres dichoso,
¿qué diablos le voy yo á hacer?

Conozco ya tus pesares
casi mejor que los míos,
y seguí tus desvaríos
por los montes y los mares;
y cada vez que una bella
á tu amor dió fiera muerte,
renegué yo de tu suerte,
de la mía, y de la de ella.

Pero de nuevo repito
que este juego me encocora;
y si quieres llorar, llora,
pero llora tú solito.
Aunque sería mejor
que dejases de llorar,
y te dieras á buscar
otra cosa en vez de amor;
porque ya habrías salido
de ese estado lastimero
si tuvieses más dinero
y fueras mejor vestido.

EUSEBIO SIERRA.

RIMAS

¡Ya no me dice adiós! Ahora sonríe
Y clava en mí sus ojos cuando pasa...
Antes, alzando la serena frente;
—¡Adiós! decía, porque no llorara.

Ella contó la historia de mis sueños
Y á sus amigas entregó mis lágrimas...
Me dijo que era un loco, y desde entonces
Sujeto el corazón cuando ella pasál...

No puedo precisar si estoy demente
O es el vago placer de una esperanza...
¡Es muy difícil conocer á un loco
Cuando está loca el alma!

R. SÁNCHEZ DÍAZ

LA BUENAVENTURA

Vióme anoche una gitana
en la calle del Amparo.
—Escúchame, guapo mozo,
acércate, *resalao*,
leeré la buenaventura
en las rayas de tu mano.
¡Virgen del Carmen, qué veol
morirás envenenado.
—¡Cielos! ¿Acaso los Borgias
por mi mal resucitaron?
¿No está sin vida Locusta,
la que envenenó á Británico?
O bien el *acqua tofana*...
—Déjate de terminachos;
será la *Tabacalera*
Quien te mande al otro barrio.

Así dijo; y por cumplir
vaticinio tan infausto,
mientras se alejaba ella
entraba yo en un estanco.

JUAN TOMÁS SALVANY.

Apremio de primer grado.

LEGUÉ á casa sin acordarme de que era contribu-
yente, y me encontré con una papeleta de apremio
alférez, ó sea de primer grado, porque ya sabrán
ustedes que los apremios, como la tisis, tiene sus
grados. En el primero vienen las angustias, es de-
cir, los apuros, las papeletas de empeño y de con-
minación; en el segundo la disnea, la falta absoluta
de recursos, la anemia de bolsillo, y el embargo; en el tercero
la muerte; es decir, el escribano que se lleva los muebles y le
deja á uno con lo puesto, si algo tiene que ponerse, fuera de la
seguridad de ponerse en ridículo.

Para evitar todo esto pensé pagar, aunque tales pensamientos
parezcan indignos de un español de pura raza, patriota, que lo
mismo odia á los franceses que trataron de quitarnos la indepen-
dencia, que á los ingleses, que nos hicieron el favor de darnosla
con su cuenta y razón.

Pero se me ocurrió una combinación, como ahora se dice, en
virtud de la cual el dinero que debía entregarle al recaudador
había de proporcionármelo el propio funcionario de que se
trataba.

Hacer un artículo de ó sobre el recaudador y colocar su im-
porte en el recaudador, era apurar todas las partículas del
ablativo y la paciencia de mis lectores, á cambio de verme libre
de la persecución de la justicia, que si bien es circunstancia bas-
tante para que á uno le califiquen de bienaventurado, es gracia
que no me hace maldita de Dios la cosa.

Ya en la oficina de recaudación encontré materia, no sólo para
un artículo, sino para todo un Código civil ó carabinero, ó de
cualquier instituto.

Lo primero que allí ví fué una señora alta, muy alta, tanto
como dicen que va á ser la torre de Santo Tomás y fué la de
Santa Cruz; una mujer altísima, que se cimbreaba como una caña
de pescar, lo cual le permitía poder pasar por la puerta sin de-
jarse el moño en la vara del *portier* que cubría el hueco de
entrada.

Aquella mujer, con una voz tan fina como el canto que ofre-
cía puesta de perfil, con una voz de moda, es decir, de pito de
San Isidro, exclamó:

—Yo no pago.

—¿Por qué? exclamó airado el recaudador.

Y la señora, estirándose con cierta altivez que permitió al
quiquiriquí de su sombrero remontarse á las blancas excelsitu-
des del techo, contestó:

—Porque soy *baja*.

Aquella respuesta me hizo olvidar toda la seriedad de mi
apremio, y me eché á reír; pero me puse bien pron-
to serio al ver que el recaudador, consultados va-
rios antecedentes con muchos números (sin duda
medidas y datos de estatura), dijo con cierta se-

quedad, levantando la cabeza y elevando su mirada hasta la in-
verosímil elevación de su interlocutora:

—Tiene usted razón. Es usted baja.

¡Y tenía, sin embargo, cerca de seis pies!

Repito que me puse serio. Creí que, en vez de haber entrado
en la oficina de recaudación, estaba nada menos que en alguna
sucursal del doctor Ezquerdo.

Me senté á esperar, y, después de marcharse la señora, le tocó
el turno á un ex director de un periódico, flaco y macilento,
que estaba cesante hacía cuatro años predicando contra la in-
dustria, á pesar de que pagaba por industrial. La excusa de
este apremiado fué breve, pero expresiva; todo un poema en
prosa vil.

Avanzó hasta la mesilla del verdugo, quiero decir, del ejecu-
tor, y exclamó:

—Estoy cesante; hace dos días que no como, y el que no
come no es cuota.

El hambriento filósofo fué reemplazado por el paleta que pro-
testaba del concepto en que se le quería hacer tributar.

Figuraba en la matrícula como vendedor ambulante, y él era
contribuyente sólo *por caballería*.

Luego llegó una viuda de buenos andares, alegando que eso
de contribuir ella debía ser una equivocación, porque desde que
murió su marido, que esté en gloria, ella *no ejerce*.

Después me fijé en los auxiliares del recaudador, y me asom-
bré de que uno de ellos, que hojeaba sin cesar los recibos, no se
cansara, á pesar de andar todo el día de *talones*.

Otro, sin cargarse, por más que se pasaba las horas enteras
diciendo *cargaréme*, y otro, emulando al célebre destripador in-
glés en la ingrata tarea de comprobar *matrices*.

—Ya he cerrado la cuenta, dijo el segundo dejándola sobre la
mesa.

Y después les oí hablar de sujetar sumas sin ponerles ni un
solo dedo encima, y de movimiento de fondos que no podían
estar más quietos, de cuentas con las que no podían hacerse
rosarios y de un contribuyente que oyó decir que se pagaba
cierto empréstito en láminas y se presentó al pago con veinte
pliegos de aleluyas.

No creí necesario para mi objeto esperar más. Salí como había
entrado, sin hablar una palabra, ni pagar tampoco por ningún
concepto.

Volví á casa, escribí las presentes líneas, y después de meter-
me en la cama y taparme la cabeza y todo el cuerpo con verda-
dero ensañamiento, exclamé echándome á sudar como un ben-
dito:

—¡Y todavía esos ignorantes de la recaudación
de contribuciones se atreverán á decir que estoy
en descubierto!

JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO.





CARLOS DICKENS

POPULAR NOVELISTA INGLÉS

Nació en Landsport el 7 de Febrero de 1812.—Murió en Gadshill (condado de Kent) el 9 de Junio de 1870.

EL TEATRO POR DENTRO

—Tengo una queja, don Carlos.
—Hija, pues usted dirá.
—Que la niña está en el coro hace un siglo, y, la *verdaz*, eso, como usted comprende, no está bien, *másime más* cuando aquí mismo hay algunas que no valen ni valdrán lo que mi Francisca, y suben que es una *barbaridaz*.
¿Por qué es esa *diferencia*? Diga usted, ¿por qué? Por *na*. ¿Tiene malas formas?
—No.
—¿Se emborracha ella?
—¡Jamás!
—¿Es guapa?
—¡Vaya si lo es!
—¿Canta bien?
—No canta mal.
¿No enseña, como quien dice, todo cuanto hay que enseñar, pa que las obras estén en *carácter*?
—¡Claro está!
—¿No la toca usted la cara con entera *libertaz*, y yo no me enfado nunca ni ella tampoco?
—Es verdad.
—¿Por qué no ha de ser, entonces, lo mismo que las demás, y no que á la pobre chica la tiene usted *postergá*?
—¡No exagere usted!



—Don Carlos, no *desagero*. Ahí están las Garcías, dos pendones sin carnes, ni voz ni *ná*, y hacen ya sus papelitos, y ganan seis reales más, y van á su casa en coche, y suelen beber *champán* en el cuarto, como sabe casi todo el mundo ya. Si se propusiera usted algún fin *particular* con ellas, pongo por caso, sería muy natural esa *protección*; pero, hijo, si no hay quien sea capaz de que le gusten aquellas sardinas *escabechás*...
¡Digo, me parece á mí!
—Bueno, doña Trinidad: ¿usted quiere que la Paça salga del coro?

—Ná más; que trabaje con las partes.
—Bueno, pues trabajará. Su hija de usted será tiple antes de un mes.
—¿De *verdaz*?
—Sí, pero...
—Lo que usted quiera.
¡Pues no faltaría más!
¡Si ella le aprecia á usted mucho!
¡Ya lo sabe usted, truhán!...
—Ya lo sé.
—Voy á decírselo.
¡Ay, qué gusto le va á dar!...

J. LÓPEZ SILVA.

REFRESCANTES



—En cuanto llega el verano siento una desazón, un ardor, una cosa... que no me atrevo á decir, porque le va á usted á parecer una barbaridad.



—¿Limón? Está bien. ¿Chico ó grande?
—Mi mujer opina que será chica.



—¿Cómo es el agua de cebada? ¿La hacen con cebada buena, nutritiva?



—¡Qué barbaridad! dice. ¡Mil muertos en Johnstone! ¡Esto deja helado á cualquiera!

EL NIDO ENCANTADO

CUENTO

I

Sesenta y cinco años antes que un portentoso ingenio diese principio al escrito de una muy afamada y asombrosa historia, vivían, en un lugar de la Mancha de cuyo nombre el mundo quiere acordarse eternamente, para honor y regocijo, una señora llamada doña Andrea Galván y un niño de corta edad, hijo suyo y de un honrado hidalgo, que ya había muerto, llamado Quijana, ó Quesada, ó Quijada, según afirman algunos, aunque esto no importare cosa á la verdad y á la idea de nuestro relato.

Era el muchacho fino y delgado, y con ser endeble gustaba de acometer travesuras peligrosas; nada tenía de lerdo su entendimiento, sino antes bien de muy avisado para aprender la letra, que en pocos meses consiguió destreza en juntarlas y leer muy de corrido y sin hipar ni hacer algarabía cuando le mandaban que leyese en alta voz.

Le relucía en los ojos el talento que tal vez tuviera demás, ó el que tuviera fuera de los tempranos, que hacen que un muchacho sea hombre antes de sazón. La color de su rostro era apagada y un tantico amarilla, como si toda la vida que le sobraba al espíritu se lo hubiera éste robado al cuerpo.

Cuando Quijanita estaba despierto, no cesaba de hablar sobre lo cierto y lo imaginado, sobre cuanto veía ó oía, y al dormir tampoco descansaba, sino que, inquietado sin duda por sueños extravagantes, se revolvía en la cama de una á otra parte, ó sobresaltándose en extremo, daba respingos y se despertaba lanzando gritos desaforados y pronunciando palabras incoherentes.

—¿Qué será de éste mi hijo, Dios y señor mío? ¡Nada bueno puedo esperar del desasosiego y del hormiguillo que le entran al muchacho sin saber por qué! decía muchas veces doña Andrea muy afligida. Ella era la mujer más buena y pacífica que pudiera imaginarse, echándose uno á pensar ó imaginar en una mujer benévola y sosegada para darla por ejemplo á las demás. Así es que tenía asustada el muchacho, sobre todo con su mucho discurso, el cual, con ser grande, no era juicioso, porque de esto no había ni migaja en la cabeza de Quijanita; que así como para maquinar historias y quimeras no parecía por su ingenio sino que tenía los demonios en el cuerpo, en lo demás era un simple, un meliloto. Raro era el día que no le robaban, con engaños, los rapazuelos de su edad los cuartos de la faltriquera, las avellanas, las nueces, el pan y la miel, ó lo que le dieran para merendar; esto cuando él no se desprendía de todo repartiéndolo entre los demás.

La pobre doña Andrea no sabía qué pensar, llorosa y angustiada por las dudas.

«Será un pozo de ciencia,» decíanles unos; «será un tonto» aseguraban otros. «Para santo va, así Dios me dé salud;» «¡un condenado es el hijo de vuesa merced!» Lo que exasperaba y contristaba á doña Andrea eran las risas y burlas con que muchos hablaban de las travesuras de Quijanita, al cual compadecían por bobo.

Y es así que tal y como siguen las madres temerosas, con los brazos abiertos, los primeros pasos de sus hijos y van mirando con el ánimo receloso y suspensivo por el miedo de verlos caer el espacio de tierra que han de pisar, miran siempre á lo porvenir, esperanzadas ó aterradas ante los males ó las venturas que la suerte pueda reservar á sus hijos...

II

Estábase cierto día esperando doña Andrea á su hijo, cuando le vió llegar, y de tal modo destrozado y sucio, que la madre se llenó de espanto. ¡Cuán cierto será, se dijo, que con ser este mi niño, tan engañador que á todos nos cautiva con sus cuentos é invenciones disparatadas, es crédulo y le habrán hecho alguna nueva burla los maldecidos muchachos del lugar!

—¿Qué hicisteis vos? dijo dirigiéndose al chicuelo. ¿Qué hicisteis que así venís, sin el rengue del cuello y de las mangas? ¿Dónde echasteis el cefidor, que se os están cayendo las calzas que os puse, y se os sube el juboncillo que os ajusté bien prietos? ¿Háislo dejado por esos andurriales? ¡Perdido! ¿Qué hacienda podrá bastar para atender á vuestro cuidado? ¡Pecadora yo que así os dejo suelto! Mas no es ya sólo la ropa destrozada, sino que vos venís con la cara llena de arañazos y las manos con despeladuras.

—Dígame, señora madre, que no se enoje vuesa merced, que todo fué cosa menos que de nada, replicó el niño.

Alzaba la madre el grito, y levantaba los brazos moviéndose de uno á otro lado, comida de un gran desazonamiento; pidió aljofaina y agua, y asimismo un lienzo para lavar al desdichado muchacho, preguntándole qué le había sucedido, con qué muchachos había jugado, en

qué lugar y á qué juegos, que de aquel modo llegaba á su casa. Y él fué dándose arte para explicarse; y dijo: que habiéndole dicho los otros chicos cómo había en un árbol un nido de pájaros, los cuales eran tan lindos y de tan peregrina belleza, que el plumaje era de finísima plata, ninguno de aquellos muchachos se sentía con ánimo para subir á lo alto del álamo á cuyo extremo estaba el nido y él sí, y abrazándose al tronco, logró ponerse en la punta.

—¡Bendecido de Dios! ¿Y no habías sospechado que lo del nido era una burla para que tú, creyéndolo, te tomaras el trabajo de gatear por el árbol exponiéndote á caer, abrirte los cascos y matarme de dolor?

En efecto: Quijanita había subido deseoso, lleno de esperanzas, y fué su ilusión tal, que no habiendo en el árbol nido ni cosa que se le pareciese, á él se le antojó cual si lo tuviera ante los ojos; y cuando resbalando, más que bajando, hubo de llegar donde se hallaban sus camaradas, que le recibieron con silbidos y algazara de risas, dijo que realmente había visto el nido que ellos le dijeron, y que los pájaros, no tan sólo eran de plumaje de plata, sino que, además, el pico le tenían de oro; pero que el que quisiera cogerlo, tendría que refir con una terrible serpiente, la cual, enroscada á una de las ramas, guardaba aquel nido, y para esto Quijanita no había ido armado; pero se prometía volver y apoderarse de aquellos pajaritos que él creía serían, cuando menos, algunos principitos encantados, y se los llevaría á su casa.

Dióle su madre fuerte regaño, diciéndole que no creía palabra alguna de cuantas iba ensartando el niño; y éste, á los pocos días, creyéndose su propia mentira, tornó al árbol y á la peligrosa ascensión, como si realmente hubiera visto con los ojos de la carne, y no con la imaginación, el nido maravilloso.

Por entre las movibles hojas del alto álamo blanco vió, en verdad, á la punta del árbol, un nido que la noche antes habían puesto allí los muchachos; subió con gracia, á riesgo de caer y romperse la cabeza, sacó un pequeño cuchillo, que se puso á blandir cual si le dirigiese contra el enorme culebrón que él se había imaginado ver, y al tomar en sus manos el nido, vió que estaba lleno de sanguijuelas y de renacuajos.

—¡Brujas ó encantadores lo han transformado en nido de sabandijas! exclamó casi llorando de compasión al ver en sabandijas inmundas convertidos los maravillosos pajaritos de su sueño.

Y brujas ó encantadores hicieron que la rama en que el niño estaba se desgajase, y el niño cayera, bien que prendiéndose en otra; y luego, al romperse ésta, en otra, hasta dar con su cuerpo en el suelo, quedando en él sin sentido.

—¡Hí de tal, hí de cuál, véase el hidalguillo tonto y cómo cayó! ¿Dónde habrá echado los pájaros de plumaje de plata con el pico de oro?

—De cierto que han volado.

Esto gritaban cruelmente los chicuelos, sin respeto al estado en que se hallaba el pobre Quijanita; y siguieron celebrando la burla con voces, risas y silbidos.

Entonces, temblando de terror, pálida, llorosa y angustiada, llegó la madre del pobre niño, roció con agua y vinagre su frente, y le hizo volver en sí; y como éste la dijera que había querido apoderarse del nido para dárselo á ella, iba á reprenderle cuando, herida por el escarnecedor vocerío de los chicuelos, se desató en amargo llanto, diciendo:

—Antes más vale él con sus quimeras y su generoso corazón, que no vosotros, cuya crueldad es odiosa.

A la burla de las gentes por la locura de su hijo, á la risa universal, ella oponía su profundo amor de madre.

Hay autores arábigos que dicen que ésta fué la madre del que más tarde se hizo caballero andante, la única que en el fondo del alma de su hijo vislumbraba una grandeza sin límites, la luz del genio. ¡Cuánto hubiera sufrido ante el destino que cupo al pobre caballero! Ello es cierto que, suponiendo una madre á D. Quijote, se llega á pensar en algo muy extraño y muy profundo:

En que D. Quijote es el mismo Cervantes. ¿No lo véis esto claro? Quiero daros el gusto de que lo descubráis. Meditadlo.

JOSÉ ZAHONERO

Átomos.

Siento por la astronomía
un entusiasmo profundo,
que raya en idolatría.

.....
¡Me aleja tanto del mundo!

J. NAVARRO REZA

DESDE EL BOULEVARD

N tiempos normales, la época más agradable para hacer una excursión á París es la comprendida entre el 15 de Mayo y el 15 de Junio.

La temperatura suele ser agradable, el sol se ve á diario, los árboles están cuajados de follaje y de flor, y las fiestas y diversiones se multiplican para tener digno remate en el Hipódromo de Longchamps el día *Grand Prix*, de París.

Al día siguiente del *Grand Prix* todo parisiense que se estima se va al campo ó á los baños de mar, ó á las aguas más ó menos minerales, que por lo regular maldita la falta que le hacen.

Pero la moda exige tomar las de Villadiego en cuanto se resuelve, entre apuestas colosales, *jumeras* de Champagne aristocráticamente llevadas, y horizontales y onduladas *hautcotées*, el grave problema de si es un jaco inglés ó un jamelgo francés el que toca antes la meta, y si adelanta á sus contrincantes por hocico y medio ó tres cuartos de cabeza.

Resuelta tan ardua cuestión, París queda de ordinario entregado á los que tienen poco dinero ó demasiada quehacer, á los provincianos y á los extranjeros.

Esto es lo que pasa en tiempos normales.

Este año, con la Exposición Universal, se ha adelantado la venida de los provincianos y los extranjeros, y muchos parisienses *en vue* se permitirán retrasar su veraneo sin que padezca su dignidad ni perder un átomo de *chic*.

Pero las fiestas son las mismas, más brillantes y más numerosas, es decir, que las diversiones públicas y privadas, aparte de la Exposición, se ven corregidas y aumentadas, como las novísimas ediciones del Diccionario.

De todas estas fiestas primaverales, la de las Flores es sin duda la más bonita, y se ha celebrado este año más brillantemente que los dos ó tres pasados.

La prensa es quien la organiza, y sus productos se destinan á la Caja de las Víctimas del Deber.

Algunos sastres conozco yo, aquende y allende el Pirineo, que al leer el nombre de esa Caja se llamarán á la parte como víctimas del deber... y no pagar de sus parroquianos.

La fiesta de las Flores se ha verificado este año, en dos días consecutivos, en el Paseo de las Acacias, que viene á ser, en grande, lo que el Paseo de Coches al Retiro de Madrid.

Era verdaderamente encantador el aspecto de ese Paseo en el momento culminante, ó sea el de la *batalla de las flores*.

Una doble hilera de carruajes caprichosamente adornados, cuyas cajas, lo mismo que los caballos, estaban cubiertos de rosas, claveles, lilas, margaritas, azaleas y cuanto Dios crió para solaz de la vista y del olfato.

De coche á coche se lanzaban *bouquets* y flores á puñadas mujeres bonitas, ó que lo parecían con sus *toilettes* primaverales de colores vivos, y la animación y alegría de la fiesta pintada en el rostro—pintado también en muchos casos—y apuestos *gentleman* alternados con inverosímiles sietemesinos.

Yo no sé cómo en España, que es la tierra de las flores y el sol, no se ha puesto de moda esta clase de fiestas.

Hemos tomado del extranjero las estúpidas carreras de caballos, sin más razón que por ser un pretexto de reunirse la gente elegante y alegre, y divertirse una tarde y lucir sus trenes y *toilettes*. No hay, pues, razón para no imitar esta otra clase de fiestas, que en Madrid, ó en Sevilla, ó en Barcelona, bajo un sol brillante, con aquellas flores tan hermosas y que huelen á gloria, y aquellas mujeres tan rebonitas, serían más brillantes y animadas que en ninguna parte.

Y servirían de saludable contraste á las corridas de toros. En éstas se rinde culto á la fuerza, á la agilidad, en medio de un cuadro pintoresco y lleno de colorido, viendo correr la sangre, y entre emociones fuertes y un poco bárbaras.

La fiesta de las flores, no menos rica de color, prestaría al espíritu descanso de esas emociones con otras más dulces y más civilizadas.

Ahí queda esa idea.

No hay pueblo más amigo de divertirse que los Madriles. Puede aprovecharla.

Como si fuera poco todo lo que hay que ver dentro de la Exposición, se ha ido formando poco á poco alrededor del Campo de Marte otra que pudiéramos llamar Exposición de vallas afuera.

Teníamos ya la reproducción de la Bastilla y un trozo de la calle de San Antonio tal y como se encontraban en 1789; exposición retrospectiva por demás curiosa, con sus tiendas ocupadas por comerciantes é industriales que están vestidos como en aquella época, y trabajan á la manera y con útiles de aquellos tiempos; con su prisionero que se escapa de la Bastilla todas las tardes, produciendo gran emoción en los espectadores, y otras mil cosas curiosísimas.

Pues ahora tenemos en el mismo género, y á pocos pasos de la anterior otras dos reproducciones de los tiempos de Maricastaña; la Cité en tiempo de Enrique IV y la torre de Nesle, con su Margarita de Borgoña, y la reproducción de sus misteriosas orgías (*juergas* que dirían otros) y sus degollinas de los mancebos que acababan de satisfacer los lascivos caprichos de la Reina legendaria, y otra porción de horrores retrospectivos, representados al vivo.

En otro sitio se reproducen, muy artísticamente dirigidas, por cierto, *cours de justice*, á la manera de hace tres siglos, con arreglo á documentos de causas célebres de la época y representando los diversos personajes actores de la Porte-Saint-Martin y otros principales.

En fin, que si dentro de la Exposición puede uno muy bien dar la vuelta al mundo en una hora, en sus alrededores se pueden estudiar las costumbres, lugares y trajes de tres siglos en un día.

Esto sin contar los diversos panoramas. El Palacio de las Hadas, en el cual se reproducen al vivo, y representados por niños muy inteligentes, la *Cenicienta*, *Barba Azul* y los interesantes cuentos fantásticos de Perrault, como asimismo algunos de *Las mil y una noches*.

Y todo agrupado alrededor del Campo de Marte.

Que si nos alejamos, podremos ver en un inmenso Circo que ocupa 50.000 metros cuadrados al aire libre, y que puede contener 20.000 personas, toda una *troupe* de pieles rojas y norteamericanos con más melenas que Clovis Hugues, cazar búfalos á la carrera, caballos al lazo y otra porción de atrocidades más ó menos salvajes.

Y, en fin, se preparan las corridas de toros... sin efusión de sangre, por supuesto.

Adelanta la construcción de las dos plazas españolas (porque ya son dos) en que hemos de ver al *Gordo* dar un volapié con un ramito de flores, y quizás al *Ostión* parear con dos varas de nardos.

O, que *ça va être beau!*

Mientras tanto, unos franceses han construido ya una plaza, que va á inaugurarse un día de éstos con *les plus vaillants toradors français et les toureux des plus fameux ganaderos de France et de Navarre*, según dice el cartel, que sin duda, para mayor exactitud, va adornado con un cromó que representa la cogida del Tato.

Me va á hacer falta *Sentiments* ó *Petit-sobaque* para esta corrida.

BLASCO.

París 6 de Junio de 1889.

PROPIO Y AJENO

Importante.

La Empresa de este periódico ha realizado una combinación con la del popular diario *El Resumen*, por la cual obtendrán los suscritores de este último las siguientes ventajas:

Todo abonado de *El Resumen* que lo pida, recibirá gratis durante el mes de Junio los números de LOS MADRILES.

Los que renueven su suscripción por un semestre, ó los nuevos suscritores por igual tiempo, recibirán gratis LOS MADRILES durante los meses de Junio y Julio.

A esto tienen derecho también los suscritores cuyo abono está satisfecho hasta fin de año.

Los que se suscriban ó renueven la suscripción por un año, recibirán gratis todos los números que publique la Empresa de LOS MADRILES durante los meses de Junio, Julio y Agosto.

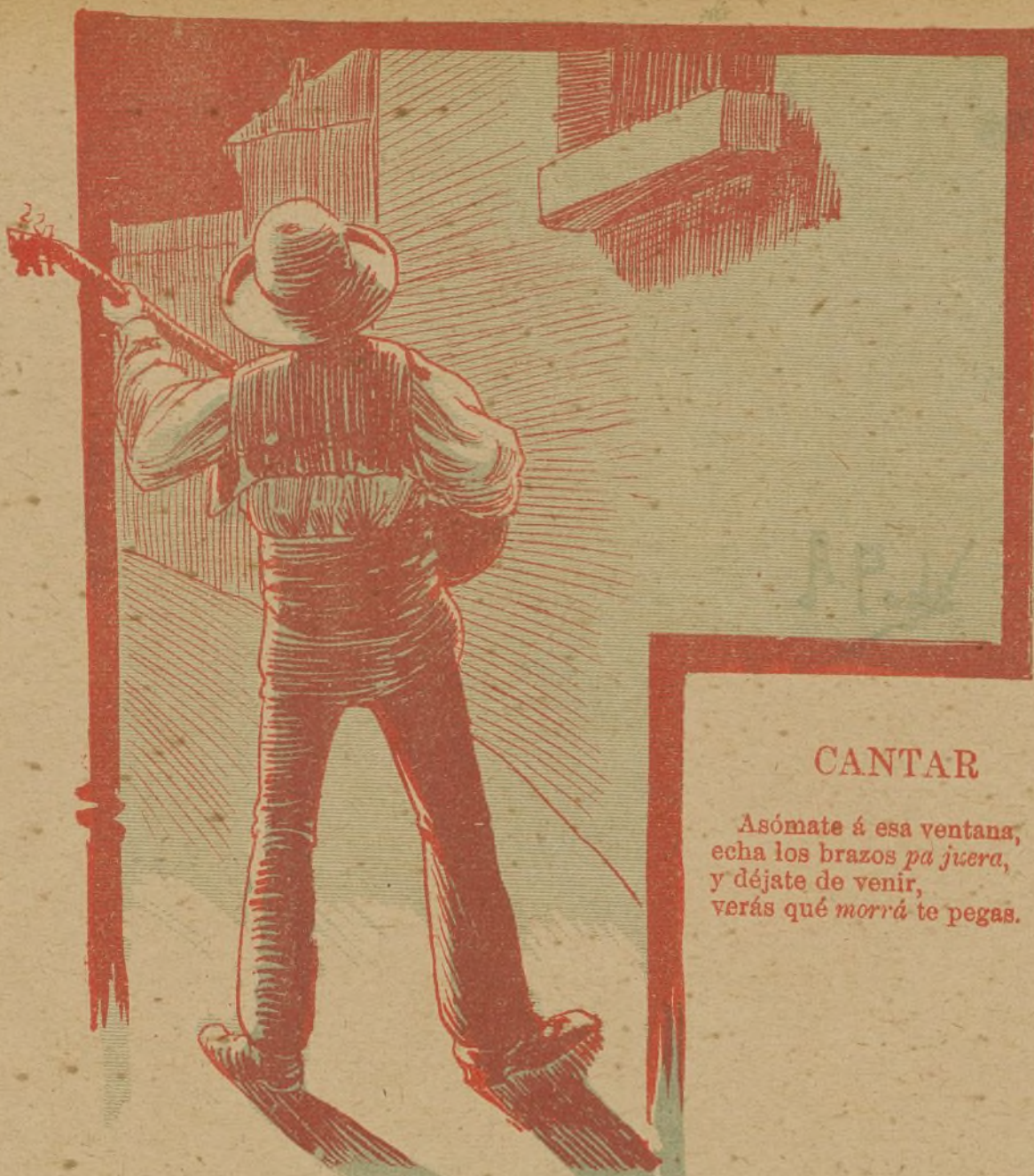
Esta combinación no es aplicable á las suscripciones de Ultramar.

La suscripción por un año á *El Resumen* cuesta 12 pesetas en Madrid y 18 en provincias.

Una herencia.—Novela de costumbres contemporáneas, por D. Francisco Vila.—Precio: 2,50 pesetas en la administración de *El Nacional*, Lope de Vega, 17.

Rubiños, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.





CANTAR

Asómate á esa ventana,
echa los brazos pa juera,
y déjate de venir,
verás qué morrá te pegas.

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886.

Venciendo en 1.º de Julio próximo el cupón núm. 12 de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los correspondientes designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los señores Earing Brothers y Compañía.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día, podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura, que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde no haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago, en Barcelona, los días desde el 1.º al 19 de Julio; y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Junio de 1889.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

SORTEO 12.º

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Manuel de Larratea, actuando en el protocolo de D. Luis G. Soler y Plá el duodécimo sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 11 de Mayo de este año, han resultado favorecidas las 11 bolas números 95, 1.859, 3.086, 3.461, 3.950, 5.668, 6.879, 8.388, 9.871, 11.494 y 11.505.

En su consecuencia, quedan amortizados los 1.000 y 100 billetes números 9.401 á 9.500.—185.801 al 185.900.—308.501 al 308.600.—346.001 al 346.100.—394.901 al 395.000.—566.701 al 566.800.—687.801 al 687.900.—838.701 al 838.800.—987.001 al 987.100.—1.149.301 al 1.149.400 y 1.150.401 á 1.150.500.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º de Julio próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nomi-

nal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Junio de 1889.—El secretario general, *Aristides de Artiñano*.

LIBRERÍA

DE

ESCRIBANO Y ECHEVARRÍA

PLAZA DEL ANGEL, 12, MADRID

Obra recientemente publicada.

Anales del torero, reseña histórica de la lidia de reses bravas y galería biográfica de todos los matadores de toros desde la antigüedad hasta el día, origen de las corridas, etc., etc., por D. José Velázquez y Sánchez: TERCERA edición aumentada con extenso APÉNDICE por el conocido escritor taurino D. Leopoldo Vázquez Rodríguez. Consta de un tomo gran folio de 400 páginas y 30 retratos y suertes; precio, 52 pesetas en rústica y 58 en tela.

Habiéndose hecho una pequeña tirada aparte del Apéndice, se vende al precio de 10 pesetas, con cuyo apéndice quedan completos los Anales 1.ª y 2.ª edición, hasta el día.

Suscripción permanente por cuadernos semanales, á una peseta cada uno, siendo el total de cuadernos 52.